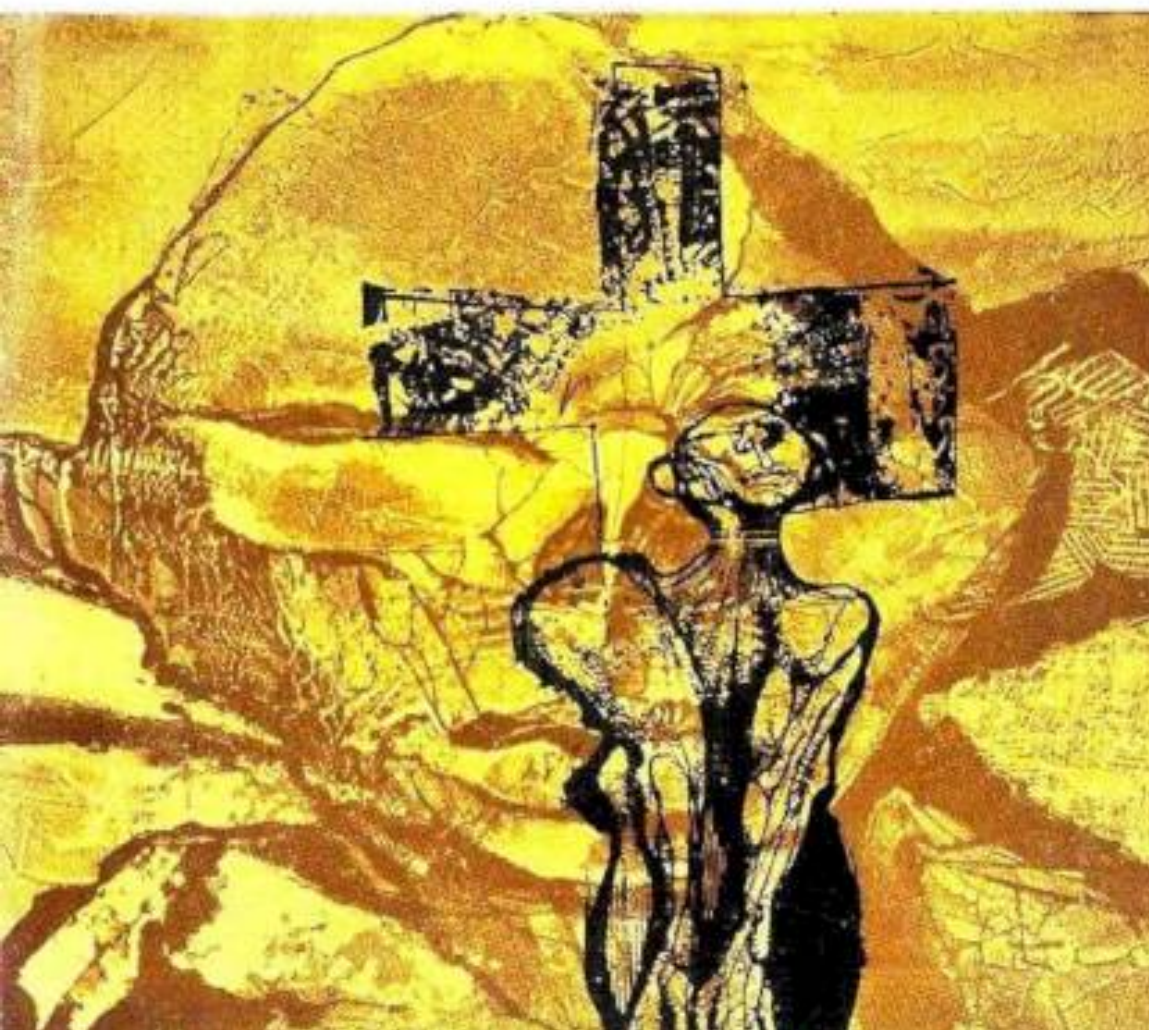


Nathaniel Hawthorne

Historias Dos Veces Contadas



Nathaniel Hawthorne es justamente reconocido por la singularidad de sus alegorías y simbolismos, y también por su insólita capacidad de escrutar la psicología y la moral humanas. Sus escritos, de atmósfera enigmática, llevaron a Borges a compararlo con Melville y Kafka. Los relatos que conforman estas *Historias dos veces contadas* —y que supusieron el comienzo de una fama que ha acompañado al escritor desde entonces— revelan, a través de sus personajes y situaciones, soledad y desasosiego, y, al cabo, una sensibilidad de turbadora vigencia.

La muñeca de nieve: un milagro infantil

The Snow Image: A Childish Miracle

EN la tarde de una fría jornada de invierno, cuando el sol asomó con helado brillo después de una larga tormenta, dos criaturas solicitaron permiso a su madre para salir a jugar sobre la nieve recién caída. La mayor era una niña a la que sus padres, y otras personas que tenían con ella un trato familiar, acostumbraban a llamar Violet, porque su carácter era tierno y humilde y porque pasaba por ser hermosa. Pero a su hermano lo conocían por el mote de Peony, en razón de la rubicundez de su carita ancha y redonda, que hacía pensar a todos en el resplandor del sol y en grandes flores escarlatas. Es importante aclarar que el padre de estos dos niños, un tal señor Lindsey, era un hombre excelente pero desmedidamente positivista, ferretero de profesión, tenazmente habituado a encarar con lo que se denomina sentido común todas las cuestiones que caían bajo su consideración. Aunque su corazón era tan sensible como el de sus semejantes, su cabeza era tan dura e impenetrable y, por consiguiente quizá, tan vacía, como cualquiera de las vasijas de hierro que vendía en su negocio. El carácter de la madre, en cambio, ostentaba una veta poética, un rasgo de belleza espiritual, una flor delicada y perla de rocío, por así decir, que había perdurado de su juventud imaginativa y que continuaba palpitando en medio de las polvorientas realidades del matrimonio y la maternidad.

De modo que, como dije al principio, Violet y Peony rogaron a su madre que les permitiera salir a jugar sobre la nieve fresca, porque aunque parecía muy lúgubre y melancólica cuando se precipitaba desde el firmamento gris, ahora que el sol brillaba sobre ella tenía un aspecto muy alegre. Los niños vivían en la ciudad y no tenían un campo de juegos más vasto que el jardincito que adornaba el frente de la casa, separado de la calle por una valla blanca, protegido por las copas de un peral y de dos o tres ciruelos, y con unos pocos rosales plantados frente a las ventanas de la sala. Sin embargo, ahora los árboles y arbustos se hallaban desnudos con sus ramitas cubiertas por la nieve, la cual formaba así una especie de follaje invernal, con un caramelo colgando aquí y allá a modo de fruto.

—Sí, Violet... sí, mi pequeño Peony —dijo la madre con dulzura—; podéis salir y jugar sobre la nieve fresca.

A continuación, la buena mujer arropó a sus pichones con chaquetas de lana y sacos acolchados, y les abrigó el cuello con bufandas, y enfundó cada piernecita en una polaina a rayas, y protegió sus manos con mitones de estambre, y les dio un beso a cada uno a modo de hechizo, para alejar a Juan Escarcha. Así salieron las dos criaturas, con unos brincos que las transportaron enseguida al seno mismo de una colosal pila de nieve, de cuyo interior Violet emergió como un pinzón de las nieves, en tanto que el pequeño Peony asomaba su cara redonda en plena flor. ¡Cómo se divertieron entonces! Quien los hubiera visto triscando en el jardín nevado habría pensado que la oscura y despiadada tormenta se había desencadenado con el único propósito de proporcionar un nuevo juguete a Violet y Peony, y que ellos mismos habían sido creados, como los pájaros de las nieves, para deleitarse sólo con la tempestad y en la alfombra blanca que aquélla tendía sobre la tierra.

Por fin, cuando terminaron de bañarse el uno al otro con puñados de nieve, Violet concibió una nueva idea después

de haberse reído cordialmente del aspecto del pequeño Peony.

—Si tus cachetes no fueran tan rojos te parecerías exactamente a un muñeco de nieve, Peony —dijo ella—. ¡Y esto me inspira! Hagamos un muñeco de nieve... con la forma de una niña... y será nuestra hermana y correrá y jugará con nosotros durante todo el invierno. ¿No sería maravilloso?

—Oh, sí —exclamó Peony, lo más claramente que pudo, porque todavía era muy pequeño—. ¡Será maravilloso! ¡Y mamá la verá!

—Sí —respondió Violet—. Mamá verá la nueva nena. Pero no deberá invitarla a entrar en la sala tibia, porque como tú sabes, a nuestra hermanita de nieve no le gustará el calor.

Y a partir de ese momento las criaturas se consagraron a esta importante empresa de confeccionar una muñeca de nieve que fuese capaz de correr; mientras su madre, que se hallaba sentada tras la ventana y escuchaba jirones de su conversación, no podía dejar de sonreír ante la seriedad con que encaraban la faena. Realmente parecían suponer que no sería en modo alguno difícil forjar con nieve una chiquilla viva. Y para ser sinceros, si alguna vez habremos de producir milagros, deberemos poner nuestras manos a la obra con el espíritu simple y seguro con que Violet y Peony se abocaron a gestar el suyo, sin siquiera sospechar que se trataba de un milagro. Esto era lo que pensaba la madre, y también pensaba que la nieve fresca, recién caída del cielo, habría resultado un excelente material para construir nuevos seres, de no ser tan fría. Siguió mirando a los niños durante unos minutos más, deleitándose con la contemplación de sus diminutas figuras: la nena, alta para su edad, ágil y graciosa, y coloreada tan delicadamente que parecía un pensamiento alegre más que una realidad física, en tanto que Peony se expandía a lo ancho más que a lo alto, y se bamboleaba sobre sus piernitas cortas y robustas, tan sólido como un elefante, aunque no tan grande. Luego

la madre reanudó su trabajo. He olvidado qué era lo que hacía, pero si no bordaba una toca de seda para Violet, entonces zurcía un par de medias para las piernecitas del pequeño Peony. No podía, empero, dejar de volver la cabeza una vez y otra, y una vez más, hacia la ventana, para observar cómo les iba a los niños con la confección de la muñeca de nieve.

¡Era en verdad un espectáculo por demás placentero, el que brindaban esas luminosas almitas entregadas a su faena! Además, era realmente encantador ver con cuánta experiencia y destreza llevaban adelante la obra. Violet se había hecho cargo de la dirección y dictaba a Peony lo que debía hacer, en tanto que ella daba forma, con sus propios deditos delicados, a las partes más primorosas de la figura de nieve. En realidad parecía, no tanto que los niños la hacían, como que crecía bajo sus manos, mientras ellos jugaban y parloteaban en torno. Esto sorprendió mucho a la madre y cuanto más miraba, más y más sorprendida se sentía.

«¡Qué chicos extraordinarios son los míos! —pensó, sonriendo con orgullo maternal, mientras se sonreía también de sí misma, por estar tan orgullosa de ellos—. ¿Qué otros chicos podrían haber construido con nieve algo tan parecido a la figura de una niña, de primera intención? Bien... pero ahora debo terminar la blusa nueva de Peony porque su abuelo vendrá mañana, y quiero que el pequeño esté lindo». De modo que tomó la blusa y muy pronto estuvo nuevamente tan atareada con la aguja como los dos niños con su muñeca de nieve. Pero aun así, mientras la aguja picoteaba un lado y otro de la prenda, a través de las costuras, su labor se aligeraba y le resultaba más dichosa al escuchar las voces alegres de Violet y Peony. No cesaban de decirse cosas mutuamente con sus lenguas tan activas como sus pies y manos. Durante la mayor parte del tiempo ella no alcanzaba a oír claramente lo que decían, pero tenía la dulce impresión de que estaban de muy buen humor, de

que se divertían enormemente, mientras la confección de la muñeca de nieve, adelantaba satisfactoriamente. Sin embargo, cuando Violet y Peony levantaban por momentos la voz, sus palabras se oían tan nítidas como si hubieran sido pronunciadas en la misma sala donde se hallaba sentada la madre. ¡Oh, qué placenteramente resonaban esas palabras en su corazón, pese a que, al fin y al cabo, no encerraban ningún pensamiento sabio o sublime!

Pero debéis saber que la madre oye con el corazón mucho más que con los oídos, y a menudo sucede que se siente fascinada por los acordes de una música celestial cuando el resto de la gente no escucha nada parecido.

—¡Peony, Peony! —le gritaba Violet a su hermano, que se había alejado hasta el otro extremo del jardín—. Tráeme un poco de esa nieve fresca, Peony, del rincón más apartado, donde aun no la pisoteamos. Es para darle forma al pecho de nuestra hermanita de nieve. ¡Sabes que esa parte debe ser muy pura, tal como cayó del cielo!

—¡Acá la tienes, Violet! —respondió Peony, con su tono fanfarrón, fanfarrón pero también muy dulce, mientras llegaba zangoloteándose por los montículos semiderruidos—. Acá tienes la nieve para su pecho. ¡Oh, Violet, qué hermosa se la ve ya!

—Sí —contestó Violet, reflexiva y serenamente—, nuestra hermana de nieve es muy linda. Yo no me imaginaba, Peony, que podríamos hacer una niña tan bella como ésta.

Mientras escuchaba, la madre pensaba que sería justo y maravilloso que las hadas o, mejor aún, los ángeles niños, bajaran del paraíso y jugaran invisiblemente con sus propios pichones, y los ayudaran a crear su muñeca de nieve, imprimiéndole los rasgos de la infancia celestial. Violet y Peony no se darían cuenta de la proximidad de sus inmortales compañeros de juegos, y sólo verían que la imagen se embellecía a medida que trabajaban en ella, y pensarían que ellos solos la habían hecho así.

—¡Mis pequeños merecen tales compañeros de juego, si niños mortales alguna vez los merecieron! —dijo la madre para sus adentros, y luego volvió a sonreír de su propia vanidad materna.

Sea como fuere, la idea se apoderó de su imaginación, y a ratos echaba una ojeada por la ventana, casi con la ilusión de comprobar que los rubios querubines del paraíso retozaban con su propia rubia Violet y con el rubicundo Peony.

Luego, por un instante, oyó un activo y circunspecto, pero indescifrable, murmullo de las dos voces infantiles mientras Violet y Peony trabajaban juntos en dichosa armonía. Violet parecía seguir siendo el alma conductora, mientras Peony se desempeñaba más bien en las funciones de obrero, y traía la nieve próxima o distante. Y, sin embargo, era evidente que el arrapiezo también tenía una idea de lo que se trataba.

—¡Peony, Peony! —gritó Violet, porque su hermano estaba nuevamente en el otro extremo del jardín—. Tráeme esas finas guirnaldas de nieve que se han depositado sobre las ramas inferiores del peral. Trepa sobre ese montón de nieve y las alcanzarás fácilmente, Peony. ¡Con ellas haré unos rizos para la cabeza de nuestra hermana de nieve!

—¡Aquí tienes, Violet! —respondió el chiquillo—. Trata de no romperlas. ¡Así está bien! ¡Así está bien! ¡Qué hermosura!

—¿No es preciosa? —preguntó Violet, con tono muy satisfecho—. Y ahora necesitamos unos cristales relucientes de hielo, para dar brillo a sus ojos. Pero aún no está terminada. Mamá verá lo bella que es, pero papá dirá: «¡Bah, pamplinas! ¡Entren y salgan del frío!»

—Llamemos a mamá para que se asome —dijo Peony, y a continuación gritó con todas sus fuerzas—: ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mira qué linda chica estamos haciendo!

La madre dejó su labor un instante y miró por la ventana. Pero resultó que, puesto que ése era uno de los días

más cortos del año, el sol había descendido tan cerca del horizonte que sus últimos resplandores hirieron oblicuamente los ojos de la madre. Debéis entender, entonces, que quedó encandilada y no pudo apreciar muy bien lo que había en el jardín. No obstante, en medio del resplandor fulgurante y enceguecedor del sol alcanzó a distinguir una pequeña figura blanca en el jardín, que parecía poseer alguna maravillosa cualidad humana. Y vio a Violet y a Peony (en realidad los observó más a ellos que a la muñeca), vio que proseguían con su trabajo: Peony acarreando nieve fresca y Violet aplicándola sobre la figura tan escrupulosamente como un escultor aplica arcilla a su modelo. Y a pesar de que tenía una impresión muy vaga de la muñeca de nieve, la madre se dijo que jamás se había hecho con tanto arte una figura de ese tipo, y pensó también que nunca había habido niños tan encantadores como sus hijos para realizarla.

—Todo lo hacen mejor que los demás niños —dijo, muy complacida—. No es extraño que sus muñecos de nieve sean mejores.

Volvió a su trabajo, apresurándose todo lo posible porque no tardaría en ponerse el sol y la blusa de Peony no estaba aun terminada, y esperaban que el abuelo llegara por ferrocarril en las primeras horas de la mañana. De modo que sus dedos alados se movieron con más y más premura. Los niños, igualmente, continuaron trabajando afanosamente en el jardín y la madre seguía escuchándolos, siempre que podía captar una palabra. Le divertía comprobar cómo sus imaginaciones infantiles se ensimismaban en lo que estaban haciendo y habían sido arrebatadas por la tarea. Parecían hallarse enteramente convencidos de que la criatura de nieve correría y jugaría con ellos.

—¡Qué buena compañera de juegos será para nosotros durante todo el invierno! —dijo Violet. Espero que papá no tenga miedo de que nos resfriemos. ¿No la querrás mucho, Peony?

—Oh, sí —gritó Peony—. Y la abrazaré y ella se sentará a mi lado y beberá lecho caliente conmigo.

—¡No, Peony! —exclamó Violet, con grave cordura—. Eso no es posible. La leche caliente no le hará ningún bien a nuestra hermanita de nieve. Los pequeños de nieve como ella sólo se alimentan de carámbanos. No, no, Peony, ¡no debemos darle nada caliente para beber! Transcurrieron uno o dos minutos de silencio, porque Peony, cuyas cortas piernas jamás se cansaban, había vuelto a peregrinar hasta el otro extremo del jardín. De pronto, Violet gritó con voz fuerte y regocijada:

—¡Mira, Peony! ¡Ven pronto! ¡De esa nube rosada ha salido un rayo de luz que dio sobre su mejilla... y el color no se desvanece! ¿No le queda bonito?

—Sí, es muy bo-ni-to —respondió Peony, marcando las sílabas con deliberada exactitud—. Oh, Violet, pero mira su pelo. ¡Parece de oro!

—Claro que sí —asintió Violet apaciblemente, como si eso fuera muy natural—. Ese color, sabes, proviene de las nubes doradas que vemos allá en el cielo. Ya casi está concluida. Pero sus labios deben ser muy rojos... más rojos que sus mejillas. ¡Quizá, Peony, si los besamos se teñirán de carmín!

A continuación, la madre oyó dos ligeros chasquidos, como si sus dos hijos hubieran besado a la imagen de nieve sobre su boca helada. Pero como esto, al parecer, no bastó para enrojecer los labios como ellos querían, Violet propuso entonces que se invitara a la niña de nieve a besar la mejilla escarlata de Peony.

—¡Ven y bésame, hermanita de nieve! —exclamó Peony.

—¡Listo! ya ha besado —agregó Violet—; y ahora sus labios son muy rojos. ¡Y también se ha ruborizado un poco!

—Oh, qué beso frío —comentó Peony.

En ese preciso instante sopló una ráfaga del límpido céfiro que barrió el jardín y sacudió las ventanas de la sala. La madre tuvo la impresión de que era un viento muy frío, y se

disponía a golpear el vidrio con el dedal que protegía su dedo, para invitarlos a entrar, cuando los dos niños la llamaron al unísono. El tono de su voz no era de sorpresa, aunque evidentemente estaban muy excitados. Más bien parecían sentirse muy regocijados por algo que les acababa de suceder, algo que habían anhelado y habían tenido en cuenta desde el primer momento.

—¡Mamá! ¡Mamá! Hemos terminado nuestra hermanita de nieve y ella corre por el jardín con nosotros.

«¡Qué imaginación tienen mis niños! —pensó la madre, mientras daba las últimas puntadas a la blusa de Peony—. Y es extraño, también, que me hagan sentir casi tan niña como ellos. Casi empiezo a creer que la muñeca de nieve realmente ha cobrado vida».

—Mamá querida —gritó Violet—, por favor, asómate y mira qué linda compañera de juegos tenemos.

La madre, requerida de ese modo, no pudo dejar de mirar por la ventana. El sol ya había desaparecido del firmamento, dejando, sin embargo, un esplendoroso rastro de su luminosidad entre esas nubes purpúreas y doradas que hacen tan hermosos los crepúsculos invernales. Pero no había la menor reverberación o reflejo, ni sobre la ventana ni sobre la nieve, de modo que la buena mujer pudo contemplar todo el jardín y observar cada uno de los objetos y de las personas que había en él. ¿Y a quiénes pensáis que vio? A Violet y Peony, naturalmente, sus dos hijos adorados. Ah, ¿pero qué o a quién vio además? Vaya, si queréis creerme, los acompañaba la minúscula figura de una niña, completamente vestida de blanco, con mejillas rosadas y rizos teñidos de oro, que jugaba en el jardín con los dos niños. Y aunque no era conocida, parecía tener un trato familiar con Violet y Peony, y éstos con ella, como si los tres hubieran sido compañeros de juegos durante la totalidad de sus cortas vidas. La madre se dijo que debía ser, sin duda, la hija de alguno de los vecinos, la que al ver a Violet y Peony en el jardín había cruzado la calle para retozar con ellos. De

modo que la buena mujer se encaminó hacia la puerta con la intención de invitar a la pequeña fugitiva a entrar en su cómoda sala, porque ahora que el sol se había puesto la atmósfera se estaba tornando muy fría afuera.

Pero luego de abrir la puerta de la casa permaneció un momento en el umbral, preguntándose si debía decirle a la niña que entrara, e incluso si debía hablarle. En verdad, casi dudaba si, al fin y al cabo, era una criatura de carne y hueso, o sólo un ligero torbellino de nieve fresca que el gélido céfiro impulsaba de un lado a otro por el jardín. En el aspecto de la pequeña desconocida había ciertamente algo muy singular. La madre no recordaba haber visto, entre todos los niños del vecindario, ese rostro de inmaculada blancura, con un tinte delicadamente rosado, y los bucles dorados que bailoteaban en torno de su frente y sus mejillas. En cuanto a su vestido, que era totalmente blanco y flotaba con el viento, ninguna mujer razonable se lo habría puesto a una niñita para enviarla a jugar afuera, en lo más crudo del invierno. Esta madre amante y cuidadosa se estremeció con sólo mirar los piecitos desguarnecidos, sin otro abrigo que un finísimo par de sandalias blancas. Sin embargo, a pesar de que su indumentaria era muy ligera, la niña no parecía experimentar la menor molestia en razón del frío, sino que, al contrario, danzaba tan levemente sobre la nieve que las puntas de sus pies casi no marcaban huellas en su superficie, en tanto que Violet apenas podía seguirla y las cortas piernas de Peony lo hacían quedarse rezagado.

En una oportunidad, durante el juego, la extraña niña se colocó entre Violet y Peony y, tomando a cada uno una mano, brincó alegremente hacia adelante, llevándolos consigo. Pero Peony zafó casi inmediatamente su manecita y empezó a frotarla como si tuviera los dedos congelados, Violet también retiró su mano, aunque con menos brusquedad, y pensó seriamente que sería mejor que no se tomaran de las manos. La chiquilla ataviada de blanco no dijo una palabra y prosiguió danzando con tanto júbilo como lo

había hecho antes. Si Violet y Peony no querían acompañarla en sus retozos, ella encontraría un camarada de juegos tan bueno como ellos en el veloz y frío céfiro, que continuaba empujándola por todo el jardín, tomándose tantas libertades que cualquiera habría pensado que eran viejos amigos. Durante todo ese rato la madre había permanecido en el umbral, preguntándose cómo era posible que una niña se pareciera tanto a un copo volador, o cómo era posible que un copo volador se pareciera tanto a una chiquilla. Llamó a Violet y le habló en voz baja:

—Violet, mi amor, ¿cómo se llama esa niña? —preguntó—. ¿Vive cerca de aquí?

—Por favor, mamá querida —respondió Violet, divertida por el hecho de que su madre no comprendiera algo tan claro—, esta es nuestra hermanita de nieve, la que acabamos de hacer.

—Sí, querida mamá —exclamó Peony, corriendo hacia su madre y mirándola francamente a la cara—. ¡Esta es nuestra muñeca de nieve! ¿No te parece hermosa?

En ese momento cruzó el espacio una bandada de pinzones de las nieves. Como era natural, las aves eludieron a Violet y Peony. Pero —y esto resultó extraño— volaron en seguida hacia la niña ataviada de blanco, aletearon vivamente en torno de su cabeza, se posaron sobre sus hombros y parecieron tratarla como a una vieja conocida. Ella, por su parte, se mostraba tan complacida de ver a las ave-cillas, nietas del viejo invierno, como éstas de ver a la niña, quien les dio la bienvenida extendiendo sus manos. Ante lo cual todas intentaron posarse sobre las palmas de sus manos y sobre sus diez diminutos dedos, empujándose las unas a las otras en un tremendo batir de alas. Un precioso pajarito anidó tiernamente sobre su pecho y otro le acercó el pico a los labios. Y durante todo ese tiempo desplegaban tanto júbilo, y parecían encontrarse tan en su elemento, como cuando los vemos jugando con una nevisca.

Violet y Peony reían de este hermoso espectáculo, pues el buen rato que su nueva compañera de juegos pasaba con sus pequeños visitantes alados los regocijaba casi tanto como si ellos mismos participaran de la fiesta.

—Violet —intervino la madre, extremadamente perpleja—, dime la verdad, sin hacer bromas. ¿Quién es esta niña?

—Mamá querida —respondió Violet, mirando seriamente a su madre en el rostro, y aparentemente sorprendida de que pidiera nuevas explicaciones—. Te he dicho la verdad. Es nuestra muñeca de nieve, la muñeca que fabricamos Peony y yo. Peony te lo dirá tan bien como yo.

—Sí, mamá —afirmó Peony, con una expresión muy circunspecta en su carita roja—. Esta es la chiquilla de nieve. ¿No te parece bonita? ¡Pero ay, mamá, su mano es tan fría!

Mientras la madre aun titubeaba acerca de lo que debía pensar y hacer, se abrió el portoncito del jardín y apareció el padre de Violet y Peony, arrebuado en una chaqueta de tela impermeable, con un gorro de piel encasquetado sobre las orejas y con las manos protegidas por los guantes más gruesos. El señor Lindsey era un hombre de edad mediana, con una expresión cansada y sin embargo dichosa en su cara enrojecida por el viento y curtida por la escarcha, como si hubiera estado muy atareado durante toda la jornada y se sintiera feliz de volver a su tranquilo hogar. Sus ojos se iluminaron cuando vio a su esposa y sus hijos, aunque no pudo contener una exclamación de sorpresa al hallar a toda su familia a la intemperie, en un día tan desapacible y para colmo, después de haberse puesto el sol. No tardó en ver a la pequeña y blanca desconocida, que se desplazaba por el jardín como un torbellino de nieve danzarina, con la escolta de pinzones que aleteaban en torno de su cabeza.

—Cielos, ¿quién puede ser esta niña? —preguntó aquel sensato hombre—. Sin duda su madre debe estar loca, si la ha dejado salir en un día tan frío como el de hoy sin más ropa que esa fina túnica blanca y esas finas sandalias.

—Querido esposo —dijo la mujer—, no sé más que tú acerca de esta criatura. Supongo que debe ser hija de algún vecino. Nuestros Violet y Peony —agregó, riéndose de sí misma al pensar que repetía una historia tan absurda—, insisten en que no es más que una muñeca de nieve, en la que han estado ocupados en el jardín durante casi toda la tarde.

Al decir esto, la madre dirigió la mirada hacia el lugar donde los niños habían construido la muñeca de nieve. ¡Cuál no sería su sorpresa al descubrir que no quedaba el menor rastro de tanta actividad! No había tal muñeca. Ninguna pila de nieve. Nada... nada, excepto las pequeñas pisadas alrededor de un lugar vacío.

—¡Esto es muy extraño! —exclamó ella.

—¿Qué es lo que ves de extraño, mamita? —preguntó Violet. ¿No entiendes lo que ha sucedido, querido papá? Esta es nuestra muñeca de nieve, la que Peony y yo fabricamos, porque queríamos otra compañera de juegos. ¿No fue así, Peony?

—Sí, papá —dijo el rubicundo Peony—. Esta es nuestra hermanita de nieve. ¿No la encuentras her-mo-sa? ¡Pero me dio un beso tan frío!

—¡Bah, estas son pamplinas, niños! —exclamó su buen y honesto padre, quien, como ya hemos explicado, veía las cosas con excesivo sentido común—. No me habléis de seres vivos fabricados con nieve. Vamos, esposa, esta pequeña desconocida no debe permanecer ni un instante más afuera con este frío. La haremos pasar a la sala, y le servirás una cena de pan y leche caliente, y procura que se sienta tan cómoda como sea posible. Mientras tanto, haré averiguaciones entre los vecinos o, si es necesario, enviaré al pregonero de la ciudad por las calles, para que anuncie que se ha perdido una niña.

Dicho lo cual, el honesto y bondadoso señor se encaminó hacia la damisela blanca, con las mejores intenciones